



LA VASCONIA
REVISTA ILUSTRADA

AÑO II

BUENOS AIRES, MARZO 10 DE 1895

N.º 52



ANTONIO DE TRUEBA

† en Bilbao, el 10 de Marzo de 1889

TRUEBA



COMO á Goethe arrullaban los cantos de Homero entre los rosales de Lahan, penetrando con dulces vibraciones en su espíritu de artista los divinos conceptos de aquel semidiós de la forma poética, así la madre amantísima vela en su regazo el sueño del tierno infante, recitándole al oído las sublimes estrofas del soñador ilustre de las Encartaciones, de aquel *Anton*, mitad niño y mitad genio, que recogiera la luz del Cielo en las crestas de Vizcaya para derramarla pródigamente sobre su pueblo adorado, al compás de una lira cuyas cuerdas de oro, heridas por el sentimiento, producen mágicos y armoniosos acordes que cautivan y encantan á las almas sencillas.

No hemos de ponernos á dorar el oro bruñido ni á prestar blancura á la azucena, como decía Byron refiriéndose al inspirado artista cuyas manos modelaran la estatua de la Gracia.

No será tampoco nuestra pluma, respetuosa aunque sin brillo, la que trate de analizar con torpe y estrecho criterio las producciones emanadas de un corazón que fué eterno adador de la belleza y del bien. Quédese esta tarea para los que no viendo con los ojos del alma, tienen cerrados los ojos de la razón y quieren traducirnos en verdades los absurdos encontrados á tientas por sus entendimientos, empobrecidos con todas las decepciones.

A Trueba se le adora, no se le juzga. Su vida, reconcentrada á pulir dentro de lo noble las humanas conciencias, está muy por encima de los críticos de pacotilla, á quienes Dios les negó la inapreciable condición de saber sentir. En la obra literaria de *Anton el de los cantares*, predomina sobre toda otra idea, la de inclinar á los hombres hacia las buenas tendencias, modelando y vistiendo con atavío de flores todo aquello que de prosaico tiene nuestra existencia. Sus libros son para el mundo una verdadera obra de caridad; santifican el hogar; fortalecen la virtud, embelleciendo las almas; arraigan las buenas creencias; alientan á los espíritus caídos el peso de la desgracia; invocan la resignación como sistema de lucha en el laberinto de las pasiones; inculcan deseos generosos; destierran de la mente las concepciones perversas; consolidan los lazos de la sangre; aplacan los tormentos del corazón y hacen amar la vida dentro de las virtudes que no están en pugna con la parte de errores que el genio creador le lo existente pudo poner en la criatura humana.

¿Se puede exigir más aún del hombre y del artista?

Desgraciadamente acontece en la vida no ser lo malo ó imperfecto, lo que con mayor afán se critica. Unos por ignorancia y otros por equivocaciones calculadas, en las cuales entra una gran dosis de pobreza de alma, y otra no menos importante de impotencia, es muy general emitir apreciaciones tendentes á deprimir aquello que algo vale, para ensalzar lo que nada supone.

Escritores adocenados han dicho, con un desenfado candoroso, que Trueba prescindió de la verdad en sus obras, rindiendo un culto absoluto á la belleza con detrimento de la realidad.

¿Podrían decirnos esos escritores cuál es lo real y verdadero en la vida?

Siendo el hombre un conjunto de errores y virtudes, de buenas y malas condiciones ¿qué razones existen para que solo estas últimas merezcan los honores de la descripción y se presenten como las únicas inspiradoras de las humanas acciones? ¿Qué verdades supone la perversidad cuando se presenta con caracteres y perfiles exagerados? ¿Por qué se han de ver primero, en los rosales, las espinas que las rosas, ocultando la belleza de éstas para mostrar las heridas que aquellas causan? ¿Tendrá razón, estará en lo cierto el que todo lo vé detestable y repulsivo? ¿Admitiremos la realidad vestida únicamente con miserables andrajos? Y últimamente: ¿quién podrá presentarnos al humano linaje con los caracteres de la verdad absoluta? ¿Ha nacido quien de tales demostraciones se sienta capaz? ¿Nacerá acaso?

Entre el publicista que esclaviza su ingenio á la belleza y el bien, y el que hace objeto de su preferencia á la perversidad y la infamia, existe una diferencia de inclinaciones que conviene analizar.

El escritor, para que tal nombre merezca, es de todo punto necesario que se identifique con los personajes puestos de manifiesto en su obra como tipos generales. De aquí se des-

prende que los inclinados á describir la degradación, se hallen, como hombres, muy propensos á degradarse, ya que como artistas, por el solo hecho de separarse de la belleza, se encuentran suficientemente degradados. En cambio los que describen la virtud, haciéndola triunfar siempre en la trama de sus libros, tienen todas las probabilidades de ser virtuosos: sus tendencias así manifestadas suponen por sí solas una verdadera virtud.

Establecido lo complejo de la condición humana; admitido como ley eterna en la criatura los gérmenes del bien y del mal, los escritores que solamente á describir esta última condición dedican su ingenio, se apartan tanto de la verdad como aquellos que por natural inclinación lo ven todo en la vida de un aspecto atrayente y seductor.

Ahora ¿cuál de las dos afirmaciones será la preferible, puesto que por alguna hemos de decidirnos, en la firme convicción de ser inaveriguable la verdad absoluta? ¿Cuál de las escuelas literarias reporta á la humanidad mejores frutos y mayores conveniencias? ¿Los que reconocen en la criatura virtudes que no tiene y endiosan las pocas que posea? ¿Los que no reconocen virtudes de ningún género y agrandan los vicios, rebajando al hombre hasta más abajo del nivel de la bestia?

A nuestro pobre entender, los primeros no dirán la verdad, pero los segundos, además de no decir la verdad, resultan verdaderos calumniadores.

La obra literaria, como expresión del pensamiento y del alma, debe tener un fin útil á la humanidad; una tendencia moralizadora al paso que instructiva; un objeto digno y elevado, y un propósito manifiesto por el triunfo de la moral y de la perfección relativa.

En este sentido no cambiaríamos una sola página de Trueba por todas las toneladas de papel impreso que ha llenado el ingenio mercantil de Zola, de ese príncipe de la escuela cínica y no realista ni materialista, que á título de apóstol de la verdad, prostituye el arte literario apropiándolo á la corrupción.

Su obra, titulada con pretensión enfática, *La Tierra*, bien se advierte que no es la tierra, sino los estercoleros de la tierra. En cuanto á la *Bestia Humana*, título que debió hallar Zola al mirarse en el espejo ó después de hacer un prolijo estudio de sí mismo, es un atropello como otros muchos, á la verdad, al arte y á la razón. Quiere ser el anatómico de las almas y la anatomía no puede tener otro objeto que el examen de los cuerpos.

Los tipos descritos por el novelista francés, tienen la novedad de la más completa estravagancia dentro de las leyes inherentes á la naturaleza; y los vicios, las infamias que fragua su imaginación, poderosa sin duda, jamás existen en la criatura con los exagerados perfiles que él nos quiere hacer ver que supone. Ni siquiera puede concebirse que tales personajes sean la excepción en la vida, porque la sociedad, con todo lo maligna que la presentan los espíritus escépticos, posee ciertos hábitos de decoro para rechazar de su seno los monstruosos abortos que entre ella pudieran aparecer. De aquí se desprende que entre los escritores más distantes de la verdad, figure Zola en primera línea, y en primer término figura también como el autor más pernicioso á la estabilidad de las buenas costumbres.

Nuestro Trueba es en cambio el escritor persuasivo, y supone en el alma mayor preponderancia que á los sentidos corporales aún en su más álgido grado de desenfreno: sinó acaba de convencer, induce cuando menos á adoptar sus ideas y á identificarse con los sentimientos esquisitos que emanan de sus obras: ellas inclinan á regenerar y no á corromper; son la sincera expresión del hombre en cuyo corazón no se agotará la fuente de los ideales, sin los cuales, necesario sería que la criatura buscara en los pobres razonamientos del suicida, la tranquilidad de su espíritu.

Si el hombre se ha de confundir entre el resto de los seres vivientes, convengamos con Echegaray en que es preferible ser pájaro y no cuadrúpedo.

* * *
Trueba nació entre la poesía. Dios eligió la Noche-buena para que viniese al mundo como un ser preferido.

Aquellas horas en que las sublimes imágenes del mundo cristiano son veneradas en los hogares vizcaínos con ferviente religiosidad y encantadora alegría, eran sin duda las más apropiadas para el nacimiento de Trueba. El primer soplo de vida que llegó á su corazón iba impregnado en el ambiente

de la mas tierna y conmovedora escena, á la cual habia de consagrar el futuro poeta los acordes de su lira, digna por su sencillez para cantar las penas y regocijos de la *Rosa de Feriçó*, "de la bendita entre todas las mujeres".

A Montellano, pequeña aldehucla del concejo de Galdames en las Encartaciones, cúpole la alta honra de ser la patria de D. Antonio de Trueba.

Sus padres, Manuel de Trueba y Marta de la Quintana, eran labradores bastante humildes, de carácter bondadoso el primero y de sentimientos esquisitos la segunda; prendas que heredó su hijo y que no le abandonaron hasta la hora de la muerte.

Se educó *Anton* en Sopuerta, en el barrio de Santa Gadea, donde fué llevado á la edad de un año, siendo sus primeros maestros en la escuela de aquel pueblo, don José de Sagarminaga y don Tomás Santacoloma.

He aquí como explica el mismo Trueba sus tempranas aficiones á la poesia:

"Cuando se cubrian de hojas las arboledas que cercaban nuestra caseria de Santa Gadea, y de flores los cerezos que daban sombra á la fuente inmediata, y los mirlos y malvises se deshacian en cánticos amorosos en aquellas umbras, yo sentia que algo extraordinario *me andaba por dentro*, y experimentaba una mezcla singular de alegría que no acertaba á explicarme "¡Yo no sé lo que tiene este pobre hijo mio!"—decia mi madre, haciéndose cargo de aquel estado, un tanto alarmada.

Y le replicaba mi padre "¡Lo que tiene es que es hijo de su madre, y no anda lejos de sucederle algo parecido á lo que á su madre le sucede, cuando oyendo desde Santa Gadea el toque de las campanas de Montellano, traído por el viento del Norte, mira hacia allá con ansia, y se enjuga los ojos con el delantal."

Así se sentía la poesia en aquel hogar, santificado por afectos entrañables. El labriego Manuel comprendia los sentimientos que agitaban las almas de su esposa y de su hijo; se identificaba con ellos, y le parecia su casa la sucursal del paraíso.

Las penas consiguientes á una vida trabajosa, no amargaban la existencia de aquella trinidad, que sin habérselo enseñado nadie, consideraban el trabajo como una ley eterna en el mundo, y que el eludirla suponía á los ojos de Dios un verdadero delito.

Marta, la santa y buena Marta, se miraba en los ojos de su *Anton*, como si ellos fueran el espejo de su alma, y al contemplarlos inundados de melancólicas luces y rebosando resignación y ternura, aquella pobre mujer sentia lacerado su corazón, pensando que las duras piedras de mineral traían agobiados los hombros y desolladas las manos de su ídolo querido.

Comprendió *Anton* al instante, y dirigiéndose á ella esclamaba con sin igual nobleza: "¡No *amachu*, si no pesan!"

—¡Como no han de pesar hijo mio, si son de hierro!—decia Marta en el colmo de su desconsuelo.

Pero el muchacho seguia trabajando, sin que tan rudas tareas consiguieran agriar su carácter por naturaleza bondadoso. A traves de las nubes, formadas por el polvo de mineral, dirigia Trueba la vista á las cumbres de aquellas montañas, donde el sol aparece tempranito, atravesados sus rayos por el rápido vuelo de los azores, y desaparece por la tarde perezosamente, enviando desde aquellas alturas una despedida cariñosa al honrado pueblo vizcaíno.

Cuando el taladro y la dinamita derrumbaban los picachos y laderas, arrancando de raíz los añosos robles y los esbeltos guindos de pintadas copas, un solo obrero se estremecía al contemplar aquella destruccion, que, apesar de comprender seria el origen de la riqueza de su pueblo, le lastimaba profundamente. Este minero era Trueba, que le parecia una profanacion recibir un jornal por convertir en escombros aquellas riberas que él adoraba con sin igual embeleso.

Los domingos iba á Montellano á improvisar los versos que su prima Pepita cantaba en la plaza para que bailasen los jóvenes; copias sencillas, nacidas como todas las suyas en lo íntimo del corazón de un hijo del pueblo; poesia llena de candidez, reveladora de un sentimiento puro, sin alardes filosóficos, sin esos profundos análisis, tras de cuyas deducciones surgen la confusion y las tinieblas.

La primera guerra civil, nacida al influjo de infames intrigas palaciegas, arrancaron á Trueba de aquel hogar lleno de

encantos y del valle hermoso en que se meciera su cuna, al arrullo de aquella naturaleza exuberante de vida y tan pródiga en magníficos colores.

No tenia aun 15 años y ya querian llevárselo los carlistas, prestando, que apesar de su corta edad alcanzaba la talla y podia ser útil al ejército. En vista de la insistencia de las huestes de D. Carlos, resolvieron los padres enviar al muchacho á Madrid, poniendo inmediatamente en práctica tan laudable proyecto.

Por el año de 1834 llegó Trueba á la Corte, colocándose en calidad de último dependiente en una ferreteria de la calle de Toledo, donde permaneció por espacio de diez años. Todos los momentos que las exigencias de la casa comercial le consentian, los aprovechaba estudiando, hasta que por fin sintióse con fuerzas para ser algo más que un simple ferretero, y dedicóse á la literatura, vicio que segun él, siempre pudo más que su voluntad.

En 1851 publicó los dos primeros libros, *El Cid Campeador* y *El libro de los cantares*. Dos años más tarde ingresó en la redaccion de la *Correspondencia Autógrafa de España* dirigida por D. Manuel M.^a de Santa Ana. A partir de esta época fué Trueba uno de los escritores más fecundos, como puede verse por la nómina de sus obras que va inserta en otro lugar de nuestro decenario.

En 1862 aceptó, lleno de júbilo, los puestos de archivero y cronista de Vizcaya, apesar de los consejos que le diera su buen amigo el ilustre Harzembusch, para que no saliese de Madrid y siguiera su carrera literaria que ya se iniciaba gloriosa. Por entonces escribió un *Bosquejo de la organizacion social de Vizcaya* que fué muy elogiado por los reputados economistas Leplay y Moriana, y en 1876 redactó la solicitud elevada por el pueblo vascongado á Alfonso XII, pidiéndole negará su apoyo á la ley del 21 de Julio, en que resolvieron las Cortes la supresion de los Fueros.

En los últimos años de su vida, el pueblo euskaro le dió infinitud de pruebas de puro y sincero afecto, en las que tambien tomaron parte los vascongados residentes en América, concurriendo eficazmente á la donacion de una casa en Bilbao, digna del dulce cantor de las tradiciones de Vasconia.

Un editor aleman llamado Blockhaus, abusando de la falta de tratado literario entre España y Alemania, reimprimió los libros de Trueba, repartiendo profusamente las ediciones por toda la América latina, con lo cual despojó al ilustre vate de una buena parte del producto de sus obras. Los editores alemanes censuraron el proceder inicuo de su colega de Leipzig y fueron más tardios que el autor mismo en perdonarle aquella falta de honradez.

Al llegarle la hora postrimera, hoy hace seis años, solo salió de sus labios un sencillo reproche hacia el editor que le habia privado de dotar á su hija Ascension, "la de los ojos azules", con el producto de sus libros. Aquella protesta resignada del artista moribundo, debió estremecer al potentado usurero de Leipzig.

No era Trueba el poeta desgrenaado, abandonado á una vida licenciosa, llena de peripecias, como algunos de sus contemporáneos que se creian eliminados de imponerse ese régimen de cordura, tan necesario para actuar decorosamente en la vida: por el contrario, fundaba aquella serenidad de su espíritu en una honestidad sin límites y en una virtud casera verdaderamente ejemplar.

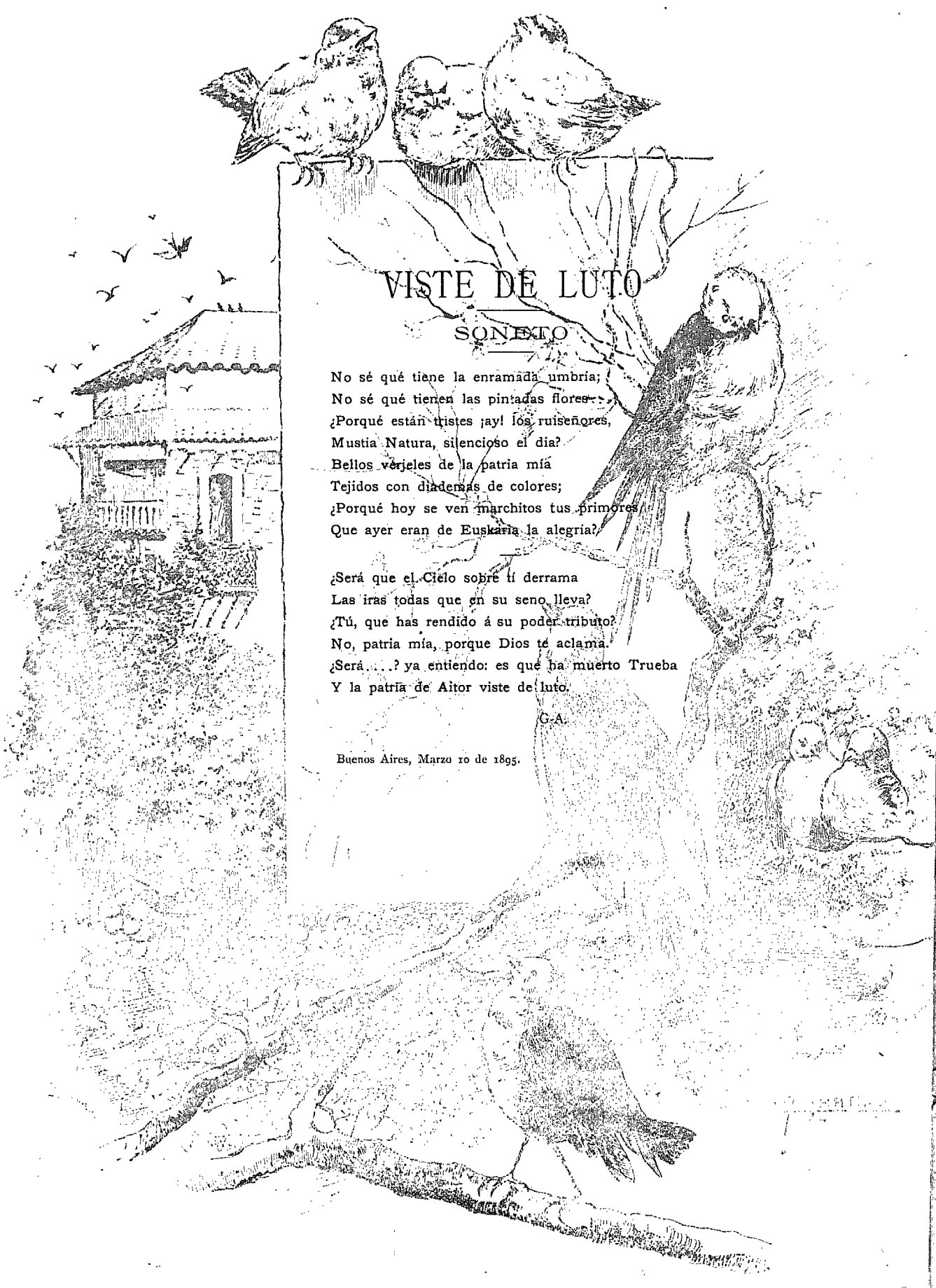
Su fantasia no era la fantasia sensual de la mayor parte de esos poetas, atacados por insistentes neurosis ninfomaníacas. No tienen sus romances la arrogancia de los de Zorrilla, tras de los cuales se vé brillar la tizona y las bruñidas corazas, ni en sus versos se observa la valentia de los de Tassara, ni la nerviosa inspiracion que delatan los de Espronceda. La poesia de Trueba encanta porque es humilde; subyuga el juicio porque habla con sencillez á las almas; atrae porque brillan en ella alegres colores, y es dulce como la brisa y risueña como una mañana de primavera.

En su corazón repercutian todas las armonias de la Naturaleza: por eso son sus versos el lenguaje del espíritu, más que del pensamiento y

"¡Aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digol!"

LUIS JAIZQUIBEL.

Marzo 9 de 1895.



VISTE DE LUTO

SONETO

No sé qué tiene la enramada umbria;
No sé qué tienen las pintadas flores;
¿Porqué están tristes ¡ay! los ruiseñores,
Mustia Natura, silencioso el día?
Bellos verjeles de la patria mía
Tejidos con diademas de colores;
¿Porqué hoy se ven marchitos tus primores,
Que ayer eran de Euskaria la alegría?

¿Será que el Cielo sobre tí derrama
Las iras todas que en su seno lleva?
¿Tú, que has rendido á su poder tributo?
No, patria mía, porque Dios té aclama.
¿Será...? ya entiendo: es que ha muerto Trueba
Y la patria de Aitor viste de luto.

G.A.

Buenos Aires, Marzo 10 de 1895.

DESDE LA TUMBA (*)

(TRUEBA Y EL MATERIALISMO)

Desde la tumba escucho:
el clamoreo
de este mundo que llaman
mundo moderno:
¡cuestión de nombre,
pues siempre habrá estos ruidos
mientras haya hombres!

Unos dicen que Trueba
y otros que Zola...
Déjame aquí, tranquilo,
bajo esta losa:
¡vanas cuestiones,
siempre habrá controversias
mientras haya hombres!

Yo cubría con flores
las desnudeces
y tú cubres de espinas
la humana especie:
son dos razones;
que habrá flores y espinas
mientras haya hombres.

Los tranquilos hogares
que yo pintaba,
eran mi dulce ensueño,
la luz de mi alma:
gratas visiones;

siempre habrá poesía
mientras haya hombres.

El vicio y la impureza
que extraes del fango,
desnudos, repugnantes
los vas mostrando.
No hay quien ignore
que siempre habrá materia
mientras haya hombres.

Sabio, ignorante, necio,
rudo, temerario,
generoso, prudente,
bueno y malo...
¡quieres más nombres,
pues esos y otros muchos
posee el hombre.

Déjame, pues, en mi tumba
con mis huesos, reposar,
entre alegres siemprevivas
y á la sombra de un rosal,
que otros vendrán por mis pasos,
con más talento quizá,
á discernir las virtudes
y los vicios y algo más,
que esa historia, para un muerto,
es muy larga de contar.

FÉLIX GARCI-ARCÉLUZ.

Marzo 1895.

LA VASCONIA le consagra una artística página con el título de «Último pensamiento» y mi memoria el lugar reservado á la recepción de lo sublime.

El había predicho su próxima muerte sin que las esperanzas de los médicos ni las palabras de consuelo de sus amigos alteraran en lo más mínimo la plena convicción en su propio diagnóstico.

Durante la primavera y verano anteriores á su fallecimiento, publicaba yo en Bilbao un semanario de literatura titulado «Bilbao Ilustrado», en el que á la par que colaboraban los mejores escritores bilbaínos, (Trueba, Villavaso, Arana, Unamuno, etc.) cultivaba las bellas letras con más cariño que ahora y bajo los auspicios de los dos primeros escritores mencionados; y al dar á luz en el número 4 de dicho periódico el retrato del pobre don Antonio, se insertó su biografía escrita por él mismo; esto es, la «Autobiografía» que más tarde publicó la «Ilustración Española y Americana», con dos ó tres pequeñas variantes hechas por su autor, y entre ellas una que dice:

«..... á su pobre abuelo, para quien la vida tendría aún indecibles encantos si Dios la prolongase con salud algunos años, gracia en que tiene menos fe que los médicos, pues éstos, obedeciendo á deberes de su conciencia, se han negado y siguen negándose á autorizarme á recibir los últimos Sacramentos.»

La conmovedora escena que profecía, antes de ser un hecho, atravesó por una serie tal de convalecencias y recaídas que, del ya ajado rostro del poeta del pueblo, sólo quedara una esfige macilenta y acartonada de la cual conserva un fiel buceto al óleo mi querido amigo y profesor de colorido don Antonio de Lecuona, admirador del extinto.

Al exhalar el último suspiro, con la sonrisa de satisfacción pintada en sus labios, todos sus amigos allí presentes no podían menos de pensar como yo, el más humilde de todos, que aquella sonrisa, aquella postrera mirada de agradecimiento, era algo más que la expresión de una conciencia tranquila, era..... el último cantar de sus cantares dedicado al Ser Supremo.

F. G. A.

(*) Este pobre recuerdo evocado lejos de mi patria querida, entre el ruido de una bacanal tributada á Baco y á Momo el segundo día del carnestolendas bonaerense, y escrito á medida de una lucha interna sostenida á mi costa entre las pasiones que pugnan por reintegrarme al «mundanal ruido» y la terne oposición de una experiencia prematura que nació con mis primeros desengaños; este recuerdo, repito, no tendrá tal vez de hermoso otra cosa que el sentimiento que he querido imprimirle y la verdad que le acompaña, pero á la larga ó á la corta se verá también que encierra en sus líneas el testimonio de una admiración y de un respeto profundos hacia el que en vida mantuvo siempre incólume el afecto, el cariño á todo lo que siendo bello, se adornara con las más sencillas vestiduras y más humildes joyas.

Si el infortunado D. Antonio de Trueba viviera todavía para gozar de las sonrisas de su adorada hija, la de los ojos azules, para la que tanto ha escrito en las postrimerías de su larga y laboriosa carrera literaria, tal vez para esta fecha, mi tosca y mal dirigida pluma, fuera peñitola fecunda y lira sonora, templada al brillantísimo tono de un buen maestro y de un mejor amigo.

La honda pena que embarga mi espíritu al bosquejar esta larga nota, lleva consigo algo más que la expresión de gratitud del discípulo agradecido; lleva además el recuerdo de la horrorosa agonía que precediera á la muerte del cantor de nuestras montañas y tradiciones.

Postrado en el lecho con la resignación del justo; resignación tanto mayor cuanto de horrible tiene la enfermedad que minaba su existencia largo tiempo hacía, y esperando por momentos el último hábito..... aún tonía palabras de cariño para sus parientes y amigos, y arranques de ingenio que pasarán á la posteridad con su nombre, si el libro de la historia, ingrato muchas veces, no olvida aquellas últimas frases del inseparable amigo de Eguiluz y Luque, frases que yo escuché de sus propios labios y que, como á todos los allí presentes, me arrancaron una lágrima imprudente y un hilo de congoja que se anudó en mi garganta.

Ese sentido pensamiento, tal vez el más hermoso de todos los suyos, merece los honores de un bajo-relieve de Benlliure en el pedestal de la hermosa estatua que el pueblo vascongado habrá erigido, tal vez para estas horas, al nunca bastante llorado cronista de Vizcaya.

ANTÓN EL DEL PUEBLO

A raíz de la muerte de nuestro inolvidable Trueba proyecté haber escrito algo acerca de él, pero me contuve de hacerlo por no creer aquella la ocasión más apropiada para hablar con franca sinceridad de Antón el de los Cantares. Hoy, que han pasado seis años desde entonces, desentierro de mi archivo de papeles viejos una carta que me escribió Trueba en octubre del 86 y el borrador de una semblanza literaria que de él hice en vida suya, para que formara parte de una serie acerca de escritores vascongados, serie de que sólo llegué a publicar el prólogo. El motivo de exhumarlos me da LA VASCONIA al dedicar piadoso recuerdo á nuestro dulce poeta, y ofrecerme á la vez coyuntura de conversar un rato con mis paisanos de ultra-mar.

Guardo la carta con exquisito cuidado por revelarse en ella el espíritu de Antón y por haber sido el arranque de las relaciones que con él tuve. Había yo remitido á "El Noticiero Bilbaino" un cuento de tesis sobrado quitesenciada tal vez; lo leyó Trueba, chocáronle aquellas *psicologiquerías*, y me escribió diciendo que no era el cuento á su juicio publicable ni de la índole de la hoja literaria de "El Noticiero" donde había de escribirse *para todo el mundo*.

Aquí está el hombre. Es lo que siempre se propuso Trueba, *escribir para todo el mundo*. Aspiraba á arrancar lágrimas dulces ó franca risa á los sencillos y humildes, á los limpios de corazón apiñados en torno del hogar para leerle. Los que presumen de fuertes no suelen querer dejarse vencer de su encanto tierno. Preguntando en cierta ocasión á una señorita bilbaina si le gustaba Trueba me contestó: ¡*chocholadas!* Es muy de creer que ella misma, en horas de recogimiento, á solas, se enjugara furtivas lágrimas que le salieran del alma al sentir el tibio y modesto encanto de aquellas *chocholadas*.

Contábase un padre, que se puso una noche de invierno á leer á su hijo un cuento de Trueba y que conforme se animaban los ojos del muchacho y se hacía su respiración más profunda á medida que le interesaba el relato, iba sintiendo él, el padre, que le resurgían del lecho del alma cantos de la niñez y que le oreaba el corazón un veintecillo fresco. Así es como, por ministerio de su hijo, acabó por conquistarle Trueba.

La lectura de Antón el de los Cantares es un suave sedativo en horas de cansancio de la batalla de la vida. En momentos de sequedad del alma es un árbol campestre de dulce sombra.

Quando el sol del estío
Los campos tuesta,
Qué dulce es bajo un árbol
Echar la siesta

como decía él. Os penetra hasta el tuétano del alma aquella poesía tranquila y casera. Porque esto es sobre todo Trueba, casero. Su filosofía es la de *todo el mundo*, la del promedio de los padres de familia sencillos y laboriosos que huyen de meterse en honduras por no perder su tranquilidad serena.

Surgió Trueba á luz en la sequía literaria que siguió á los ardores del romanticismo, cuando aún retintinaban los últimos dejos de las melopeas gemebundas de los Pastores Diez, y supo entonces aquella poesía de cantares transparentes y sencillos como en un día de verano ardoroso, sorbos de agua clara y fresca de nube providencial. El público sediento se echó á darse atracones de aquel arroyo corriente y cristalino que fluía con suave murmullo sobre la tierra resquebrajada de sed. Pero cuando hubo satisfecho ésta, y vinieron nuevas lluvias prefiriendo muchos á aquella agua cristalina vino, generoso y enardecedor, la menospreciaron. De aquí la reacción exagerada á las primeras exageraciones del entusiasmo que despertó Trueba.

Antón, hay que confesarlo, no se dió cuenta clara ni de las razones íntimas de su primer triunfo ni de la relativa indiferencia que le siguió. Sintió, sí, lo que de injusto tenía esto y más de una vez dejaba traslucir en sus escritos quejas suaves de una resignación agrídulce. Pero siendo optimista, como las almas caseras lo son, sabía que nadie le habría

de quitar en los hogares su puesto junto al brasero, que nadie le privaría de su influjo sobre *el todo el mundo* para quien escribía.

La poesía vigorosa y alta, de fuertes raíces, la que nace de las luchas gigantescas de la idea, la que brota en el combate del progreso ó arranca de la mente que quiere escalar el cielo, la de los titanes, ésta ni le gustaba ni la comprendía. Preguntaba una vez á un amigo mío si de veras había visto algo en Göthe; otro me aseguró que Heine no le decía nada, y ¡porqué no decirlo! la postergación á que se creía relegado parecía más injusta que la suerte de Cervantes; así lo dijo en cierta ocasión.

Eguilaz, su íntimo y cordial amigo, á quien recogió el último suspiro y cuya muerte narró con la profundísima grandeza que brota de la inmensa sencillez del sentimiento vivo, Eguilaz, el hoy olvidado Eguilaz, le parecía un poeta más soberano que muchos de aquellos cuyos nombres lleva la fama á través de los siglos por los pueblos todos.

Todo lo dicho revela la sencilla sinceridad de aquel espíritu que, con verdadera independencia, no se dejaba llevar de juicios hechos, ni rendía homenaje á aquellos genios á cuya completa comprensión no llegaba su alma. Trueba discurría con el corazón.

Sintió por el pueblo, con el pueblo y para el pueblo, para este pueblo tan olvidado de los poetas que se echan á volar por las alturas. Sintió hacia adentro, no hacia arriba, amó más el calor tibio y oscuro que la luz brillante y fría. Nunca le penetró la monotonía de las horas ni *la estupidez del sol*, fué de aquellos para quienes es nuevo cada sol y trae cada alba una frescura nueva.

Los críticos y literatos de oficio pondrán otros nombres sobre el suyo, pero el pueblo, ignorante de ellos, repite los cantares de Trueba y el eco de su voz arranca lágrimas á los sencillos y á los fuertes también en horas de abatimiento. Hay muchos á quienes cansa una sinfonía de Beethoven y se deleitan oyendo en el campo, al aire libre, el canto del ruiseñor. Hay muchos, muchísimos, los olvidados, *el todo el mundo* del pueblo.

Muchos otros se esconden para leer á Trueba; es la vergonzosa vergüenza que sentimos de dejarnos ablandar por la ternura en esta edad de lucha en que hay que parecer fuerte, aún no siéndolo. Antes de salir á la calle enjuaguémonos los ojos, no se sepa que hemos llorado á solas.

Sintió por el pueblo, con el pueblo y para el pueblo, y hay quienes se avergüenzan de lo que tienen del pueblo y lo esconden.

Al apartarse la literatura más y más cada vez del verdadero pueblo, al perderse en pedantescos tecnicismos, en quitesenciados artificios y en intelectualismos de alquimia, al irse convirtiendo en aristocrático *sport* de un mandarínato ¡qué dulce refugio el de Antón el de los Cantares! Una excursión por sus obras es un día de campo. ¡Qué aroma el que esparce al aire libre el sencillo agavanzo, la rosa silvestre, al salir de un camarín repleto del perfume pesado de rosas dobles de espléndida vestidura. Espléndida, sí, pero lograda á costa de la atrofia de la fecundidad. Y en poesía lo fecundo es el sentimiento.

En horas de desaliento esos cantares tranquilos y caseros nos vuelven á nuestra infancia, á que recobremos á su espiritual contacto algo de la cándida inocencia de la visión serena y optimista del mundo. Es poesía simple, simple como el pueblo, como el sentimiento desnudo, como la humildad ¡bienaventurados los simples de espíritu!

Poesía simple y por tal rebelde á todo análisis. El análisis no hace más que descomponer lo compuesto; y lo simple, siendo indescomponible, es inanalizable.

El vascongado que trabaje en esa América, lejos de las montañas nativas, que dejó al salir de sus años juveniles ¡cómo sentirá que se le anuda la garganta y se le agolpan del corazón á los ojos dulces lágrimas de vida al recibir en alas de los cantares de Antón el del pueblo las brisas que orearon su cuna, los cantos que la mecieron y el eco del beso de ruido que al despedirle le dió su madre con el alma! Esas lágrimas quería Trueba y ellas son el más piadoso recuerdo á su memoria.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Febrero de 1895.



ÚLTIMO PENSAMIENTO

DE

ANTONIO DE TRUEBA

"Dicen que el cisne cuando muere canta,

"Y pues la muerte á relevarme viene,

"Tal vez de visite sea mi garganta

"Que así á sus puertas á cantar se aviene.

.....
"La voluntad de Dios es una y santa;

"Hágase, pues, Señor, lo que en mi ordene."

OBRAS Y TRABAJOS DE D. ANTONIO DE TRUEBA

COLECCIONADOS Y CLASIFICADOS

PARA SU PUBLICACION, POR JUAN E. DELMAS

Cuentos y narraciones—Cuentos de color de rosa.—Cuentos populares.—Cuentos campesinos.—Cuentos de vivos y muertos.—Cuentos de varios colores.—Cuentos del hogar.—Nuevos cuentos populares.—Capítulos de un libro.—Cuentos de madres é hijos.—De flor en flor.—Leyendas genealógicas.—Narraciones populares.—Cuentos populares de Bizcaya (inédito).

Novelas de costumbres—El gaban y la chaqueta.—Cielo con nubecillas ó Val-florido.—Mari-Santa.—El reinado de un tuerto.—El redentor moderno ó la redención de un cautivo.—Madrid por fuera.—Historia de dos almas, una negra y otra blanca.

Novelas históricas—El Señor de Bortedo.—El Cid Campeador.—Las hijas del Cid.—La paloma y los halcones.

Historia y Fueros de Vizcaya—Libertad de Bizcaya en tiempo de romanos y mahometanos.—Defensa de un muerto.—Bosquejo de la organización social de Vizcaya.—El valle de Marquina.—Resumen histórico-descriptivo del Señorío de Vizcaya.—Resumen histórico de Bilbao.—Compendio histórico-descriptivo de las encartaciones.—Traducción de los nombres vascongados de los pueblos de Vizcaya.—Memorias histórico-anedóticas de una aldea de Vizcaya.—Mensaje á la reina contra los ataques á los fueros.—Exposición á las Cortes y colectivo al rey contra la abolición de los fueros.

Obra didáctica—Arte de hacer versos.

Obras poéticas—El libro de los cantares.—El libro de las montañas.—El libro de los recuerdos (inédito).—Leyendas primaverales (inédito).—Fábulas de la educación.

“Los Cuentos populares de Vizcaya” llevan los títulos de Cata-Ovales.—La cruz más santa.—Las romerías.—La Fuente de la sabiduría.—El desmemoriado.—Las tres devociones.—La horma municipal.—Los molinos y los hornos.—Atezayaga.—La visión de las muñecas.—El desarreglo del mundo.—La verdad.—La leyenda de Begoña.—La conciencia.—Lengua larga.—La necesidad.—El diablo en su vida privada.

“El Libro de los Recuerdos” se formará con mas de cien composiciones poéticas cuyos títulos son:

Contemplando dormido á un niño poeta.—Caridad y génio.—A la poetisa A. F.—A la torre de Loizaga.—A Caféfila.—La niña y el marinero.—El inválido.—El árbol de Guernica.—Al árbol Malato.—El canto de Lelo.—El canto de Altabiscar.—Canto de amor.—Apuntes para un cuadro.—La musa indignada.—Lexona.—Definiciones.—Color epistolar.—Longevidad.—Pecado moral.—Basco-navarros ilustres.—Lo que la perdiz canta.—Contra-veneno.—Los mulos de reata.—Cantares bascongados.—Cantares populares.—Al rey Alfonso XII.—El lobo y el cordero.—El amor del país.—Pelayo.—El paraíso moderno.—Corona de mil siemprevivas á Calderon.—Apuntes métricos tomados de mi cartera.—Sentencia en primera instancia en el pleito de matrimonio.—La Libertad.—Mi maestro.—Anacronística realista.—Carta canta.—El amanecer.—El Anochecer.—La señal de la coz.—Carta de un bizcaino á un catalán.—El canto mas divino.—Historia vulgar de una cosa que pasa y que no debe pasar.—Ja, Ja.—el humo del tabaco.—Cantares á la Virgen de Begoña.—A la Virgen de Begoña.—A Romea.—A la musa femenina.—Cantares populares.—La casa de misericordia.—Cuestion de nombre.—Al que regresa al que parte.—La musa del abanico.—A Carmen y Sofía Delmas.—A Julia, hija del conde de Balmaseda.—Taurófila.—Máxima vulgar.—Romances de Vizcaya.—A Maria.—Capullo y Rosa.—La oración de la vida.—A fulano.—Tutores y pupilos.—Doble.—El sereno de mi calle.—Aita-aita.—Una calle y una plaza.—A Cesar de Olaso.—A Cesarillo de Olaso.—Por los niños.—Cantar comentado.—Despedidas.—Al verdugo.—En el album de M. Y.—En la inauguración de la escuela de Santurce.—A la muerte de D.^a Mercedes.—Al maestro Ciruela.—Definición.—Poesía suelta.—Santo y Santa.—Juicio del año 1889.—Epitafios.—Epigramas.—Andalucía.—Gratitud.—Que no te riña tu madre.—A D. Jaime Cardona.—Mi patria.—Me parece que la estoy viendo.—Arcentales.—Lanestosa.—Villaverde.—Casamiento.—Primo y prima.—Morena.—Desmelenada.—El mirar de las morenas.—El collar.—La obligacion.—Mari Josefa.—El cielo.—Campanas.—Mis libros.—La Maldad de una mujer.—Oraciones infantiles.—Santa Bárbara.—La Virgen de la antigua.

—Orduñesa y valledano.—Esperanza.—El Carranzano.—Trucios.—Cristobalon.—Baracaldo.—A Fernando y su esposa.—Mi enfermedad.—Las morenas y las rubias.—Amor de madre.—Adolfo.—A los civiles.—A Luisa.—A Ramon.—Amor.—A San Isidro.—A San Casiano.—Confesion.—A Don Ramon de la Cruz.—Preludio del libro de los amores.—Un andaluz y un gallego.—A Calderon de la barca.—Epigramas hidrológicos.—Los toros.—El llanto.—Refranes.—A. D.^a Angela R.—A la Virgen de las Azucenas.—A una niña.—A hombres grandes y chicos.—El rio Acebal.—Al papa.—La Caridad.—Traducciones de lo Gayter.—Distracciones de un enfermo.—Vuelve por otra.—A un doctor.—Ultima.

Las leyendas primaverales comprenderán:—Mi valle.—Olivo.—Preludio.—Regazos patrios.—Mi maestro.—Frutos agrios.—Somorrostro.—Landáburu.—El domingo.—San Salvador del Valle.—Recuerdos.—Santa Juliana y San Pedro.—La soledad.—El Olivo y Tornada.

A los *Cuentos de color de rosa* se ha agregado El expósito.

A los *Nuevos cuentos populares* se han agregado: La mejor lotería.—El apetito.—El hombre-pájaro.—El corazón y la cabeza.—El modo de descasarse.—La capciosidad.—Crónica conyugal.—La imitación.—Compostela y Caracas y El par de capones.

A las *Narraciones populares* se han agregado: El sacristan de Garaizar.—La anguila y el cerdo y Azotaina.

A las *Leyendas genealógicas* se han agregado: Las novelas genealógicas.—Los caballeros solariegos.—Los de Palacio y el caballero de Rojas.

A los *Capítulos de un libro* se han agregado: Lope García de Salazar.—La vida del campo.—Las mujeres y los niños y Mi retrato.

Al libro *De flor en flor* se han agregado: Apuntes históricos de Laguardia.—Las antigüedades de Castro-Urdiales.—Los fundadores de Buenos-Aires y Montevideo.—Venezuela y los Vascos y Miacum.

La *Historia de Vizcaya* se halla bosquejada en doscientos artículos, sobre las curiosidades y lo pasado del Señorío, habiéndose recogido muchos de ellos: sus títulos son:

1.^o—*Artículos recogidos*—La incorporacion.—Los días tristes.—Fenómeno geológico.—Flaviobriga y su inmediaciones.—Prólogo de un drama en Vizcaya.—Juan Zuria.—El averiguador de nuestros orígenes.—Las Navas de Tolosa.—La torre de Bilbao la vieja.—El valle de Mañaria.—El puente de los Fueros.—El sepulcro del príncipe Leon.—Itinerario del valle de Somorrostro.—Peregrino é historiador.—El árbol de Guernica.—Los sepulcros de Cantabria.—Las ferrierías de Cantabria.—Las aguas de Vizcaya.—Guevaras y Mendozas.—La muerte de un obispo en Vizcaya.—Aledaños de Vizcaya.—Las fiestas en Vizcaya.—El diploma de Santa Pia.—Los archivos de Vizcaya.—Inundaciones en Bilbao.—Noticias curiosas de Vizcaya.—El vascuence.—Alocucion de un diputado general.—La industria fabril de Vizcaya.—Los árboles forales.—Los caminos de Vizcaya.—Curiosidades de Durango.—Las tabernas de Vizcaya.—La Cantabria occidental.—Extracto curioso de Durango.—Abolición de fueros.—El derecho antiguo y el moderno.—Guerra civil.—Sumaria noticia de las provincias vascongadas.

2.^o *artículos de que se ha tomado buena nota para su publicacion*

—Carta á un senador.—Los padres de provincia.—El maíz.—Becunices hoc etc.—Balmaseda.—El derribo de la torre.—La música del Guernicaco.—De los mantenimientos, costumbres y vestidos presentes y antiguos.—De las caserías y hórreos.—Memorias de la isla de izaro.—De los sebes.—De cómo se hacían las escrituras en vascuence.—Mas sobre trajes antiguos vizcainos.—Observaciones sobre el libro de Ferrer “Los vascongados”.—Origen del linaje de Palacio en las Encartaciones.—Villaverde de Trucios.—El nombre de las Encartaciones.—Laredo no es Vizcaya.—La maldición.—Oñacinos y gamboinos.—La defensa de los puertos.—El portador de la carta.—La asamblea de Bayona.—Las veneras y la vena.—El nombre de Vizcaya.—Los indianos.—Santa Maria de Estivaliz.—El valle de Zamudio.—El puente de Castrejana.—El puente de San Anton.—El tesoro de Barcus.—Fray Fuster.—El veraneo.—El nombre de Lequeitio.—El rapto del corregidor.—El Santuario de Begoña.—Un vizcaino ilustre.—Ayala (el valle de).—Las villas de Vizcaya.—El patronato de la antigua de Guernica.—Los Herran de Orduña.—La vida de un durangués insigne.—Misterios del Sarantes.—Los escribanos de Vizcaya.—Cadagua.—Lo que pasó en Vizcaya en el año que murió Calderon.—Los escudos municipales.—El vascofilismo de Cer-

vantes.—Documento curioso.—El árbol de Arbieto.—Las tradiciones de Oca.—Recuerdo de un venadero.—Curiosidades históricas de Lequeitio.—Casas armeras de Vizcaya.—Algorta.—El colegio de las vizcainas en Méjico.—Colección alfabética de apellidos vascongados.—El florecimiento de la literatura euskara.—Subporta et Carrantium.—Nombres vulgares euskaros.—El recreo bilbaino.—Dónde fué Flaviobriga.—El primer periódico de Bilbao.—La leyenda de Zaldibar.—Los maestros de Vizcaya.—El nombre de Portugalete.—El fuerte de Ocharan.—Lo que es Algorta.—Una pintora bilbaina.—Los Zamacois de Bilbao.—El palacio de Amézaga.—Una verdad histórica.—La canción del chimbo.—D.^a Toda de Larrea.—Los estudios de Astarloa.—La iglesia de San Nicolás de Bari.—El habla vulgar en Vizcaya.—Noticia de las casas principales de Vizcaya y de los bandos á que pertenecian.—El corregidor entablillado.—La historia del bachiller Zaldivia.—La horca ántes que el lugar.—Urtaza.—La cruz de Luarca.—El valle de los fueros.—Los mártires de 1834.—Tragedia.—Verdades históricas.—Con la misma mancha.—La voz del diablo.—El hundimiento del Triano.—El licenciado Guevara.—La muerte del privado.—El corregidor Larreategui.—Los retratos señoriales.—El capador.—Los lobos de Vizcaya.—Alarma.—El corregidor multado.—Marquina.—La cofradía.—Lloriqueos.—La cruz de Goicoerota.—El libro de las buenas andanzas ó fortunas.—Luto y peste.—Los amores de un rey.—Patacon.—La concordia de 1630.—El obispo griego.—El estudiante de Mallabia.—Los judíos de Bustillo.—Origen de una imagen.—El cristo de dos caras.—La cruz de Respalda.—Linajes comunes y no abanderizados.—Nombres castellanzados.—Fundaciones docentes en Vizcaya.—La última destrucción.—Etimología de chacoli.—Los planteros de Durango.—La cofradía de san José.—Una boda aldeana.—Bilbao desde hace veinte años.—La fiesta de San Sebastian de Colisa.—El árbol Malatol.—Arbentales.—El santuario de la Encina.—A la sombra del árbol de Guernica.—Los apellidos vascongados.—La Zumacollada.—Busquejo biográfico de D. Lope García de Salazar.

LAS MADRES

De padres á padrastros
hay cuatro leguas;
de madres á madrastras
hay ochocientas.

I

—¡Quiquiriquí!....

—Canta el gallo

y con ésta ya van tres.

¡Ea, muchachos, arriba,

que es cerca de amanecer!

—Todavía es muy temprano....

Padre, déjenos usted

otro poquito.

—¿Que os deje cuando tenemos la mies clamando porque cuanto antes la vayan á recoger?

¡Ea, arriba, perezosos!

—¡Anton, déjalos! ¿No ves

que están los pobres muchachos reventaditos de ayer?

—¡No, buena procuradora tienen en tí!

—Que se estén en la cama hasta que el gallo cante siquiera otra vez.

—Bien, que se estén... Estas madres los echan siempre á perder!

—Hombre, ¿qué quieres que hagamos?

—No haceros tanto de miel.

—Hijos de nuestras entrañas, ¿no los hemos de querer?

II

—¡Muchachos, que ya es de día!

—Padre, ya estamos de pié.

—Ea, pues á ver si hoy cunde la tarea más que ayer.

—Hombre, ¿son algunos negros?

—¿Ya sales tú?

—Ya se ve

que salgo.

—¡Pero, señor, que en todo se han de meter estas mujeres!

—Tratándose de mis chicos, con el rey me peleo yo... Hijos míos, ¿vais en ayunas? Bebed un poquito de aguardiente con un bollo. Os voy á hacer para almorzar unas migas que estén diciendo comed. Abrochaos esos cuellos, que con el sol os poneis lo mismo que unos gitanos.... ¡Válgame Dios de Israel, que por más que una se mate, no ha de poder nunca ver arreglados á estos hijos!.... id con Dios.

—Hasta despues.

—Eres la madre.... más madre que se ha visto ni se ve.

—¿Déjame, Anton, por los clavos del Señor! ¿Y que he de hacer?

Si su madre no los quiere,

¿quién ha de quererlos, quién?

III

—¡Qué mañana tan hermosa! ¡Qué bien se está aquí, qué bien! Anton, desde esta ventana un mundo entero se ve.

Al tomillar de los cerros

olores va á recoger

el aire de la mañana

y aquí los vierte despues.

Airecito que vertiendo

olores como la miel,

en mi ventana suspiras,

¡que Dios te bendiga, amén!

los mozos yendo á la vega

van cantando su amor fiel,

las mozas yendo á la fuente

le van cantando tambien,

y hasta los pájaros cantan

en el huerto no sé qué....

Anton, el sol de Dios sale

por detras del cerro aquél....

¡Qué hermoso, Dios le bendiga!

Anton, ¿no lo quieres ver?

—Déjame de sol ni sombra,

que hánto me abraso con él.

¡Si no es el sol que tú miras

el que madurá la mies!

¡Si el sol que tú miras son

tus hijos!

—Pues bien: ¿y qué?

¡Los hijos, son el espejo

en que las madres se ven!

IV

—Anoche los señoritos debieron correrla bien, que cuando se recogieron eran cerca de las tres.

—¿Estás en tu juicio, Anton?

Si yo misma les eché

la llave para que entraran,

y eran.... serian las diez.

—Mujer, si yo los sentí

y estuve para coger

una tranca....
 Vamos, vamos,
 tú estabas soñando.

—¡Eso es!
 ¡Mire usted que es mucho cuento
 que le han de querer hacer
 un contrato con ruedas
 de molino! Ya se ve,
 su madre lo tapa y todo
 los chicos hacen bien.
 Y no les diste dinero
 para la beemita.

—Pues
 —Mujer, si yo te sentí
 abrir el cofre y cogí
 dinero cuando se fueron....

—Sí, se le di; pero ¿qué?
 Quiero que siempre mis chicos
 donde vayan queden bien.
 —¡Válgate Dios!

—Anton, mira,
 por más vueltas que le des,
 ellos han de ser mis hijos
 y yo su madre he de ser.

V

—¿Qué tienes, hija? ¿Estás mala?
 Hace ya cerca de un mes
 que no duermes, que no comes,
 que reír no se te ve,
 que te quedas en los huesos....

—¿Qué tienes? Vamos á ver,
 ¿quieres que se llame al médico?

—No, Anton, porque inútil es.

—Pero ¿no sabes qué tienes?

—¡Demasiado, Anton, lo sé!

—¡Los hijos de mis entrañas
 van á ir á servir al rey!

—Tonta, ¿y por eso te afliges?

Mira, para conocer
 el mundo, no hay mejor cosa
 que andar siete años por él.
 Todos los hombres debieran
 esos estudios hacer.

—Anton, vosotros los padres
 así pensareis tal vez,
 pero las madres pensamos
 que es el dolor más cruel
 ver á los hijos del alma
 por esos mundos correr
 muertos de cansancio un día,
 y otros muertos de hambre y sed....

—¡Es verdad que hay algo de esol
 Pero, hija, ¿qué hemos de hacer
 si caen soldados los chicos?

—Anton, ¿y preguntas ¿qué?

Hasta los últimos clavos
 para librarlos vender;
 y si eso no basta, yo
 por esos mundos iré
 pidiendo de puerta en puerta,
 para que á servir al rey
 no vayan los pobres hijos
 que con tanto afán crié!

—Alegando algun achaque,
 se podrán librar tal vez....

—Eso sería mentir
 y dos veces ofender
 á Dios que los ha criado
 más hermosos que un clavel.
 —Pues venderemos las tierras
 ya que te empeñas, mujer.

—¡Gracias, Anton de mi alma!

—¡Que Dios te bendiga, amén!
 Para las madres, la gloria
 es siempre á sus hijos ver....

—¡Ah! ¡Si Dios nos da dolores,
 consuelos nos da también!

VI

—¡Ayer tu santo bendito,
 y nadie te vino á ver!...
 ¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!
 —¡Anton por la Virgen, ten
 paciencia!...

—Paciencia! ¡Mucha
 necesitamos tener!
 Mira el pago que nos dan
 esos pícaros, después
 de haberles sacrificado
 el pan de nuestra vejez.
 ¡La soledad, y el olvido!

—Pero, hombre de Dios, ¿no ves
 que tienen familia ya
 los pobres á que atender?
 —Y se olvidan de sus padres!
 —No hay tal...

—Bien claro se ve;
 se casaron y no han vuelto
 á poner aquí los pies!
 —No habrán podido los pobres...
 —No los defendas, mujer.
 —Son mis hijos.

—Ese nombre
 yo, á dárselos no volveré
 sino para maldecirlos.

—¿Qué corazón tan cruel
 Mal hayan, amén, mis hijos!
 —¡Benditos sean, amén!

ANTONIO DE TRUEBA.

LA PEREJILERA

Al salir el sol dorado
 esta mañana te vi
 cogiendo, niña, en tu huerto
 matitas de perejil.
 Para verte más de cerca
 en el huerto me metí,
 y sabrás que éche de menos
 mi corazón al salir.
 Tú debistás encontrarme,
 que en el huerto lo perdí.
 «Dámele perejilera,
 »que te lo vengo á pedir.»

ANTONIO DE TRUEBA

TIERRA DE LAS LIBERTADES

En este rincón de España
 que pueblan montes excelsos
 y de linderos le sirven
 el Océano y el Ebro,
 las libertades antiguas
 tienen su asilo postrero,
 y cuando el hacha romana
 y el alfange sarraceno
 las lanzaron en Castilla,
 también aquí lo tuvieron....
 ¡Tierras de las libertades
 que en tí descancen mis huesos!

TRUEBA.—(El libro de las montañas.)

una tranca....
tú estabas soñando.

—¡Eso es!
¡Mire usted que es mucho cuento
que le han de querer hacer
a uno conrigar con ruedas
de molino! Ya se ve,
su madre lo tapa todo
y los chicos hacen bien.
¿Y no les diste dinero
para la beemila?

—¡Pues!
—Mujer, si yo te sentí
abrir el cofre y coger
dinero cuando se fueron....
—Sí, se le di; pero ¿y qué?
Quiero que siempre mis chicos
donde vayan queden bien.
—¡Válgate Dios!

—Anton, mira,
por más vueltas que le des,
ellos han de ser mis hijos
y yo su madre he de ser.

V

—¿Qué tienes, hija? ¿Estás mala?
Hace ya cerca de un mes
que no duermes, que no comes,
que reir no se te ve,
que te quedas en los huesos....

—¿Qué tienes? Vamos á ver,
¿quieres que se llame al médico?
—No, Anton, porque inútil es.
—Pero ¿no sabes qué tienes?
—¡Demasiado, Anton, lo sé!
¡Los hijos de mis entrañas
van á ir á servir al rey!

—Tonta, ¿y por eso te afliges?
Mira, para conocer
el mundo, no hay mejor cosa
que andar siete años por él.
Todos los hombres debieran
esos estudios hacer.
—Anton, vosotros los padres
así pensareis tal vez,
pero las madres pensamos
que es el dolor más cruel
ver á los hijos del alma
por esos mundos correr
muertos de cansancio un día,
y otros muertos de hambre y sed....

—¡Es verdad que hay algo de eso!
Pero, hija, ¿qué hemos de hacer
si caen soldados los chicos?

—Anton, ¿y preguntas ¡qué?
Hasta los últimos clavos
para librarlos vender;
y si eso no basta, yo
por esos mundos iré
pidiendo de puerta en puerta,
para que á servir al rey
no vayan los pobres hijos
que con tanto afán crié!
—Alegando algun achaque,
se podrán librar tal vez....

—Eso sería mentir
y dos veces ofender
á Dios que los ha criado
más hermosos que un clavel.
—Pues venderemos las tierras
ya que te empeñas, mujer.

—¡Gracias, Anton de mi alma!
¡Que Dios te bendiga, amén!
Para las madres, la gloria
es siempre á sus hijos ver....
¡Ah! ¡Si Dios nos da dolores,
consuelos nos da tambien!

VI

—¡Ayer tu santo bendito,
y nadie te vino á ver!...
¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!
—¡Anton por la Virgen, ten
paciencia!...

—¡Paciencia! ¡Mucha
necesitamos tener!
Mira el pago que nos dan
esos picaros, después
de haberles sacrificado
el pan de nuestra vejez,
¡la soledad y el olvido!

—Pero, hombre de Dios, ¿no ves
que tienen familia ya
los pobres á que atender?
—Y se olvidan de sus padres!
—No hay tal....

—Bien claro se ve;
se casaron y no han vuelto
á poner aquí los pies!
—No habrán podido los pobres...
—No los defendas, mujer.
—Son mis hijos.

—Ese nombre
yo á darles no volveré
sino para maldecirlos.

—¡Qué corazón tan cruel!
—Mal hayan, amén, mis hijos!
—¡Benditos sean, amén!

ANTONIO DE TRUEBA.

LA PEREJILERA

Al salir el sol dorado
esta mañana te vi
cogiendo, niña, en tu huerto
matitas de perejil.

Para verte más de cerca
en el huerto me metí,
y sabrás que eché de menos
mi corazón al salir.

Tú debistes encontrarle,
que en el huerto lo perdí.
«Dámelo, perejilera,

que te lo vengo á pedir.»

ANTONIO DE TRUEBA

TIERRA DE LAS LIBERTADES

En este rincón de España
que pueblan montes excelsos
y de linderos le sirven
el Océano y el Ebro,
las libertades antiguas
tienen su asilo postrero,
y cuando el hacha romana
y el alfange sarraceno
las lanzaron en Castilla,
tambien aquí lo tuvieron....
¡Tierras de las libertades
que en tí descancen mis huesos!

TRUEBA.—(El libro de las montañas.)

LIBERTADEEN ERIA

Mendi tantayes diaitutako (1)
 Españaiko bazter ontan,
 zeñari mugaz servitzen dioten
 Epruac eta itsasoac,
 bezen azkenco gordalekua (2)
 dute libertade zarrac.
 Erromatarren aizkorac eta
 alfange afrikatarrac
 bultzaka bota zituztenean
 Gaztelako lurtatikan,
 orduban ere libertadeac
 arkituzuten gure artean
 chit seguruzku gordalecua,
 ta emenchen guelditu ziran.
 Libertadeen erri maitea
 Zure lurcean, ni iltzian,
 Arkidezate atzedan leku (3)
 azkenekoa nere ezurrac.

(J. MANTEROLA.—Traduccion.)

CATA-OVALES

TRADICION POPULAR VIZCAINA

I

Al oeste del valle donde tienen asiento los concejos de Galdames y Sopuerta, arrancan dos altas montañas paralelas hacia el valle de Arcentales, separadas por una honda y estrecha cañada, por cuyo fondo se precipita un bullioso riachuelo cuyas riberas pueblan frondosas arboledas y ruinas de ferrerías y aceñas.

Casi al comedio de esta cañada, en la ribera izquierda, blanquea la aldeita de Labarrieta, con sus doce ó catorce casas rodeadas de heredades, viñedos y árboles frutales, con su iglesia de Santa Cruz y su ermita de Santa Lucía, que tapa la boca y sirve como de porteria á una singular caverna, allá arriba en la ladera de la montaña.

Sirviendo como de estribacion á la montaña meridional ó del lado opuesto y asomándose por espacio de media legua á la hondonada, sigue la direccion de ésta un cordon de blancas rocas calcáreas, que elevándose cada vez más, terminan frente á la aldeita con elevacion tal, que causa vértigo el asomarse á ellas por el campo del Oral, nombre que lleva la planicie ó meseta que en aquel punto las domina.

Aquella parte de la cordillera pétreca se llama la Peña de la miel, porque es frecuente ver destilar por ella la miel de los *tastanos* ó panales que labran las abejas en sus grietas y concavidades.

(1) *Diaitu*, poblar, *Diaitutako-a*, poblado.

(2) *Gorda-leku-a*, sitio ó lugar de refugio, asilo.—Sin.: *Iestegui-a*, *ignestegui-a*, *iesleku-a*, *ignesteku-a*.

(3) *Atsedan leku-a*, lugar de descanso.

Para terminar este preliminar, acaso excesivamente prolijo, añadiré que desde el campo del Oral, ó sea desde encima de la Peña de la miel, se descubre por entre las dos montañas, allá en el lejano valle de Arcentales, una iglesia que tiene la advocacion de San Miguel de Linares.

Allá hácia los tiempos en que mi bisabuelo materno fué víctima de uno de los afluentes del rio que baja por Labarrieta, (1) habia en Labaluga, feligresía de Sopuerta, un tal Juan Pablo de Rebeñiga, conocido con el sobrenombre de Cata-ovales, que le habian dado en su mocedad con motivo de haber sido perseguido por la justicia como *catador* ó castrador fraudulento de colmenas que allí abundaban antiguamente más que ahora y se llaman *ovales*, por su forma casi cilíndrica como construidas de troncos de árboles *morcos* ó naturalmente huecos, que era la única forma que tenian hasta que construyéndolas tambien con tablas, se les dió la cuadrada que ahora alterna con la cilíndrica ú oval.

II

Juan Pablo tomó en una hermosa mañana, un *piricacho* ó cesto, una sogá y una hoz, y trasponiendo por el portillo de Latrabe, iniciacion de la cordillera opuesta á la que tiene por estribacion las rocas calcáreas que terminan en la Peña de la miel, descendió á la hondonada, vadeó el rio por el puente de Sacilla, trepó por los castañares de Sopeña, atravesó la cordillera pétreca por el hondo y angosto portillo de la Talada, salió al campo del Oral y se dispuso á la arriesgada y difícil operacion de llenar el cesto de *tastanos* de los que las abejas *mónchinas* ó silvestres elaboraban en las grietas de la peña.

Ató un extremo de la sogá al tronco de una encina achaporrada que arraigaba en el borde de la peña, sujetó á su cintura el cesto con el *ceñidor* ó faja, afianzó á su cuerpo por bajo los sobacos el otro extremo de la sogá, colocó la hoz dentro del cesto, y despues de asomarse al borde de la peña y sonreir de codiciosa alegría viendo algunos dorados panales rebasar de las grietas donde habian sido elaborados, se decidió á descender hasta ellos; pero al santiguarse como invocando la proteccion divina en tan arraigado descenso que no dejaba de infundirle temor, á que contribuian hasta los bramidos del rio que allá abajo crecia rápidamente con el deshielo de la nieve en las excelsas cumbres del Colisa, dirigió la vista hácia Arcentales, y descubriendo el alto campanario de la iglesia de San Miguel de Linares, se arrodilló, se descubrió la cabeza y exclamó, extendiendo los brazos en actitud de súplica:

—¡Glorioso San Miguel,
 para tí la cera,
 para mí la miel!

(1) Esta es una singular historia que aparece en el libro titulado *De flor en flor*.

Hecha esta promesa, se disipó su temor por completo, emprendió con mucha serenidad el descenso por el primer término de aquel espantoso abismo, asiéndose con ambas manos á la sogá, y se detuvo en un pequeño saliente de la roca, donde logró fijar ambos piés, repitiendo sin cesar:

¡Glorioso San Miguel,
para ti la cera,
para mí la miel!

Manejándose como el santo le dió á entender, y aguantando heroicamente los picotazos de las abejas indignadas del audaz latrocínio de que eran víctimas, corta que corta y engancha que engancha tástanos con la hoz, llenó de ellos el piricacho y reiterando su promesa al glorioso San Miguel, emprendió el ascenso y le terminó con la mayor felicidad, salvo los picotazos de las abejas que habian puesto su cara como un tomate.

Una vez sobre la peña con su rica cosecha de miel y cera, Cata-ovales se puso á contemplarla con delicia, y de esta deliciosa contemplacion salió dirigiendo la vista hácia Arcentales y exclamando:

—¡Glorioso San Miguel,
para mí la cera,
para mí la miel!

III

Cata-ovales, con su piricacho de tástanos al hombro, descendió por los castañares de Sopena, al puente de Lacilla, y antes de emprender la subida al portillo de Latrabe, se detuvo sobre el puente para descansar y contemplar el río que iba cada vez más crecido con motivo de seguir verificándose un rápido deshielo en las nevadas alturas de Colisa, que dominan á Arcentales.

El puente de Lacilla era de madera y tenia barandas de lo mismo. En una de las barandas apoyó Cata-ovales el piricacho, sujetándole con una mano y restregándose con la otra los picotazos de las abejas que aun le escocian como sinapismos de fuego.

Estando en esto, una de las abejas que quedaban entre los tástanos le clavó el *resped* ó aguijon en la mano con que se frotaba la cara, y llevando Juan Pablo maquinalmente á la picadura, la mano con que se sujetaba el piricacho, éste fué á parar al río con todo su contenido.

Al verle desaparecer en la turbia y furiosa corriente, no tuvo límites la desesperacion de Juan Pablo, que volviéndose hacia Arcentales, exclamó:

—¡Glorioso San Miguel,
para el Diablo la cera,
para el Diablo la miel!
—Y tambien para el Diablo
el alma de Juan Pablo!

Contestó á aquella desesperada é irónica exclamacion otra misteriosísima que parecia venir de hácia Arcentales repercutiendo río abajo por las

sombrias arboledas hasta alcanzar la horrisnancia del trueno al llegar al puente de Lacilla, que en aquel instante fué derribado y arrasado por una montaña de agua con el desdichado Cata-ovales, cuyos huesos se encontraron algun tiempo despues tres leguas más abajo, en la playa de Pobeña, como los de mi bisabuelo materno, con la única diferencia de que los de mi bisabuelo estaban blancos como la nieve y los de Cata-ovales negros como el carbon!

ANTONIO DE TRUEBA.

L'ADOLESCENTE

Para terminar nuestra tarea consagrada á conmemorar el sexto aniversario del fallecimiento del ilustre poeta vascongado don Antonio de Trueba, cuyas obras han sido vertidas en casi todos los idiomas del mundo, mencionaremos la siguiente traducción, en italiano, hecha en rima libre por el señor Giacomo Zanella, en Vicenza.

Era un giorno di festa, ed ella ed io
in silenzio posati alla finestra,
contemplavamo il sol, che vaporoso
in gembro si calava alle montagne.
Malinconicamente ivan battende
i nostri cori, che il giocondo affano
giá sentiano d'amore e desiosi
si acercavano. In questa ora di pace,
quando disceso á bassi lidi il sole
lascia tepida l'avía, e gli augelleti
gli dan l'ultimo addio: dalle fontane
e dai ruscelli candido si leva
umil vapor; fra le consorte piante
guata furtiva la nascente luna
e per la valle tacita si spande
l'argenteo suon delle piangente squille,
como é dolce l'amor!.....

.....
Maria, le dissi, irrequieto il core
mi batte in seno. E dove un altro core
troverá che á suoi battiti risponda?
Di subitana porpora suffusa,
i dolci occhi abbasso la virginetta,
e sopra l'ale d'un sospir mi diede
la sua risposta. Indefiniti, oscuri
presentimenti l'assaliro; al cielo
levó gli occhi pensosi e sorridendo
mi disse: Colassú vivono i cori,
colassú si uniranno i nostri amori.

A NUESTROS SUSCRITORES Y CLIENTES

En vista del creciente desarrollo de LA VASCONIA, que hoy circula profusamente por toda la América, y deseando dar mayor amplitud á nuestros talleres tipográficos para atender debidamente las órdenes de nuestra clientela, en esta fecha nos trasladamos á la Avenida de Mayo N.º 781 esquina Piedras, donde quedarán instaladas las oficinas de redaccion y administracion de nuestro decenario, asi como tambien la tipografia y taller de grabado.

Rogamos pues, á nuestros corresponsales, clientes y suscritores, nos dirijan la correspondencia y pedidos á nuestro nuevo local.

781-AVENIDA DE MAYO-781